

sa con tu pie; que purifica cuanto toca, o la pendiente del Parnaso o el Euripo, ruidoso estrecho.

Ió, tú, que diriges la danza de los astros que exhalan fuego, que presides nocturnos clamores, hijo, estirpe de Zeus, muéstrate ahora, señor, con las tñadas que son tu comitiva, --- ellas que en torno a ti, enloquecidas, danzan toda la noche, llamándote Yacco, el dispensador.²⁹

Mensajero. Vecinos del palacio que fundaron Cadmo y Anfión,³⁰ yo no podría decir de un hombre, durante su vida, que es digno de alabanza o de reproche;³¹ no, no es posible, porque el azar -- levanta y el azar abate al afortunado y al desafortunado, sin pausa. Nadie puede hacer de adivino porque nada hay fijo para los mortales. Por ejemplo Creonte --me parece-- era digno de envidia: había salvado de sus enemigos a esta tierra de Cadmo, se había hecho con todo el poder, sacaba adelante la ciudad y florecía en la noble siembra de sus hijos. Pero, de -- todo esto, ahora nada queda; porque, si un hombre ha de renunciar a lo que era su alegría, a éste no le tengo por vivo: como un muerto en vida, al contrario, me parece. Si, que acrecienta su heredad, si le place, y a lo grande,

y que viva con la dignidad de un tirano; pero, si esto ha de ser sin alegría, todo junto yo -- no lo compraba ni al precio de la sombra del -- humo, si ha de ser sin contento.

Se abre la puerta de palacio e, inadvertida -- por los de la escena, aparece Eurídice, esposa de Creonte, con unas doncellas.

Corifeo. ¿Cuál es este infortunio de los reyes -- que vienes a traernos?

Mensajero. Murieron. Y los responsables de estas muertes son los vivos.

Corifeo. ¿Quién mató y quién es el muerto? Habla.

Mensajero. Hemón ha perecido, y él de su propia mano ha vertido su sangre.

Corifeo. ¿Por mano de su padre o por la suya propia?

Mensajero. El mismo y por su misma mano: irritada protesta contra el asesinato perpetrado por su padre.

Desaparecen tras la puerta Eurídice y las doncellas.

Corifeo. ¡Oh adivino, cuán de cabal adivino fueron tus palabras!

Mensajero. Pues esto es así, y podéis ir pensando

do en lo otro.

Tras un breve silencio, reaparece Eurídice que baja hasta la mitad de la escalinata y luego se acerca hasta ellos para oír el discurso del mensajero.

Corifeo. Ahora veo a la infeliz Eurídice, la esposa de Creonte, que sale de palacio, quizá -- para mostrar su duelo por su hijo o acaso por azar.

Eurídice. Algo ha llegado a mí de lo que hablabais, ciudadanos aquí reunidos, cuando estaba para salir con ánimo de llevarle mis votos a la diosa Palas; estaba justo tanteando la cerradura de la puerta, para abrirla, y me ha venido al oído el rumor de un mal para mi casa; he caído de espaldas en brazos de mis esclavas y he quedado inconsciente; sea la noticia la que sea, repetídmela: no estoy poco averzada al infortunio y sabré oírla.

Mensajero. Yo estuve allí presente, respetada -- señora, y te diré la verdad sin omitir palabra; total, ¿para qué ablandar una noticia, si luego he de quedar como embustero? La verdad es siempre el camino más recto. Yo he acompañado como guía a tu marido hacia lo alto del llano, donde yacía aún sin piedad, destrozo --

causado por los perros, el cadáver de Polinices. Hemos hecho una súplica a la diosa de los caminos y a Plutón,³² para que nos fueran benévolos y detuvieran sus iras; le hemos dado un baño purificador, hemos cogido ramas de olivo y quemado lo que de él quedaba; hemos amontonado tierra patria hasta hacerle un túmulo bien alto. Luego nos encaminamos a donde tiene la muchacha su tálamo nupcial, lecho de piedra y cueva de Hades.

Alguien ha oído ya, desde lejos, voces, agudos lamentos, en torno a la tumba a la que faltaron fúnebres honras, y se acerca a nuestro amo Creonte para hacérselo notar; éste, conforme se va acercando, más le llega confuso rumor de quejumbrosa voz; gime y, entre sollozos, -- dice estas palabras: "Ay de mí, desgraciado, ¿soy acaso adivino? ¿Por ventura recorro el más aciago camino de cuantos recorrí en mi vida? Es de mi hijo esta voz que me acoge. Venga, servidores, veloces, corred, plantaros en la tumba, retirad una piedra, meteros en el túmulo por la abertura, hasta la boca misma de la cueva y atención: fijaros bien si la voz que escucho es la de Hemón o si se trata de un engaño que los dioses me envían." Nosotros, en cumplimiento de lo que nuestro desalentado

jefe nos mandaba, miramos, y al fondo de la caverna, la vimos a ella colgada por el cuello, ahogada por el lazo de hilo hecho de su fino velo, y a él caído a su vera, abrazándola por la cintura, llorando la pérdida de su novia, ya muerta, el crimen de su padre y su amor desgraciado. Cuando Creonte le ve, lamentables son sus quejas: se acerca a él y le llama con quejidos de dolor: "Infeliz, ¿qué has hecho? ¿Qué pretendes? ¿Qué desgracia te ha privado de razón? Sal, hijo, sal; te lo ruego, suplicante." Pero su hijo le miró de arriba a abajo con ojos terribles, le escupió en el rostro, sin responderle, y desenvainó su espada de doble filo. Su padre, de un salto, esquiva el golpe: él falla, vuelve su ira entonces contra sí mismo, el desgraciado; como va, se inclina, rígido, sobre la espada y hasta la mitad la clava en sus costillas; aún en sus cables, sin fuerza ya en su brazo, se abraza a la muchacha; exhala súbito golpe de sangre y ensangrentada deja la blanca mejilla de la joven; allí queda, cadáver al lado de un cadáver; que al final, misero, logró su boda, pero ya en el Hades: ejemplo para los mortales de hasta qué punto el peor mal del hombre es la irreflexión.

Sin decir palabra, sube Eurídice las escaleras y entra en palacio.

Corifeo. ¿Por qué tenías que contarle todo tan exacto? La reina se ha marchado sin decir palabra, ni para bien ni para mal.

Mensajero. También yo me he extrañado, pero me alimento en la esperanza de que, habiendo oído la triste suerte de su hijo, no haya creído digno llorar ante el pueblo: allí dentro, en su casa, mandará a las esclavas que organicen el duelo en la intimidad. No le falta juicio, no, y no hará nada mal hecho.

Corifeo. No sé: a mí el silencio así, en demasía, me parece un exceso gravoso, tanto como el griterío en balde.

Mensajero. Sí, vamos, y, en entrando, sabremos si esconde en su animoso corazón algún resuelto designio; porque tú llevas razón: en tan silencioso reaccionar hay algo grave.

Entra en palacio. Al poco, aparece Creonte con su séquito, demudado el semblante, y llevando en brazos el cadáver de su hijo.

Corifeo. Mirad, he aquí al rey que llega con un insigne monumento en sus brazos, no debido a ceguera de otros, sino a su propia falta.

Creonte. Ió, vosotros que veis, en un mismo linaje, asesinos y víctimas: mi obstinada razón -- que no razona, ¡oh errores fatales! ¡Ay, mis órdenes, qué desventura! Ió, hijo mío, en tu juventud -iprematuro destino, ay ay, ay ay!- - has muerto, te has marchado, por mis desatinos, que no por los tuyos.

Corifeo. ¡Ay, que muy tarde me parece que has -- visto lo justo!

Creonte. ¡Ay, mísero de mí! ¡Sí, ya he aprendido! Sobre mi cabeza -pesada carga- un dios -- ahora mismo se ha dejado caer, ahora mismo, y por caminos de violencia me ha lanzado, abatiendo, aplastando con sus pies lo que era mi alegría. ¡Ay, ay! ¡Ió, esfuerzos, desgraciados esfuerzos de los hombres!

Mensajero. (Sale ahora de palacio.) Señor, la -- que sostienes en tus brazos es pena que ya -- tienes, pero otra tendrás en entrando en tu casa; me parece que al punto la verás.

Creonte. ¿Cómo? ¿Puede haber todavía un mal --- peor que éstos?

Mensajero. Tu mujer, cabal madre de este muerto (señalando a Hemón), se ha matado: recientes aún las heridas que se ha hecho, desgraciada.

Creonte. Ió, ió, puerto infernal que purificación alguna logró aplacar, ¿por qué me que-

res, por qué quieres matarme? (Al mensajero.) Tú, que me has traído tan malas, penosas noticias, ¿cómo es esto que cuentas? ¡Ay, ay, muerto ya estaba y me rematas! ¿Qué dices, muchacho, qué dices de una nueva víctima? Víctima -- ay, ay, ay, ay- que se suma a este azote de muertes: ¿mi mujer yace muerta?

Unos esclavos sacan de palacio el cadáver de Eurídice.

Corifeo. Tú mismo puedes verla: ya no es ningún secreto.

Creonte. Ay de mí, infortunado, que veo cómo un nuevo mal viene a sumarse a éste: ¿qué, pues? ¿Qué destino me aguarda? Tengo en mis brazos a mi hijo que acaba de morir, mísero de mí, y -- ante mí veo a otro muerto. ¡Ay, ay, lamentable suerte, ay, del hijo y de la madre!

Mensajero. Ella, de afilado filo herida, sentada al pie del altar doméstico, ha dejado que se desate la oscuridad en sus ojos tras llorar la suerte ilustre del que antes murió, Meneceo,³³ y la de Hemón, y tras implorar toda suerte de infortunios para el asesino de sus hijos.

Creonte. ¡Ay, ay! ¡Ay, ay, que me siento transportado por el pavor! ¿No viene nadie a herirme con una espada de doble filo, de frente? --

¡Miserero de mí, ay ay, a qué misera desventura estoy unido!

Mensajero. Según esta muerte que aquí está, el culpable de una y otra muerte eras tú.

Creonte. Y, ella ¿de qué modo se abandonó a la muerte?

Mensajero. Ella misma, con su propia mano, se golpeó en el pecho así que se enteró del tan lamentable infortunio de su hijo.

Creonte. ¡Ay! ¡Ay de mí! De todo, la culpa es mía y nunca podrá corresponder a ningún otro hombre. Sí, yo, yo la maté, yo, infortunada. Y digo la verdad. ¡Ió! Llevadme, servidores, lo más rápido posible, moved los pies, sacadme de aquí: a mí, que ya no soy más que quien es nada.

Corifeo. Esto que pides te será provechoso, si puede haber algo provechoso entre estos males. Las desgracias que uno tiene que afrontar, --- cuanto más brevemente mejor.

Creonte. ¡Que venga, que venga, que aparezca, de entre mis días, el último, el que me lleve a mi postrer destino! ¡Que venga, que venga! Así podré no ver ya un nuevo día.

Corifeo. Esto llegará a su tiempo, pero ahora, con actos conviene afrontar lo presente: del futuro ya se cuidan los que han de cuidarse de

él.

Creonte. Todo lo que deseo está contenido en mi plegaria.

Corifeo. Ahora no hagas plegarias. No hay hombre que pueda eludir lo que el destino le ha fijado.

Creonte. (A sus servidores.) Va, moved los pies, llevaos de aquí a este fatuo (por él mismo). (Imprecando a los dos cadáveres.) Hijo mío, yo sin quererlo te he matado y a tí también, esposa, misero de mí... Ya no sé ni cuál de los dos inclinarme a mirar. Todo aquello en que pongo mano sale mal y sobre mi cabeza se ha abatido un destino que no hay quien lleve a buen puerto.

Sacan los esclavos a Creonte, abatido, en brazos. Queda en escena sólo el coro; mientras desfila, recita el final el corifeo.

Corifeo. Con mucho, la prudencia es la base de la felicidad. Y, en lo debido a los dioses, no hay que cometer ni un desliz. No. Las palabras hinchadas por el orgullo comportan, para los orgullosos, los mayores golpes; ellas, con la vejez, enseñan a tener prudencia.

G L O S A R I O

- (1) Muerto Etéocles en combate, en el campo mismo ha recibido Creonte el poder del ejército: así, "estrategó" significa "jefe militar"
- (2) Etéocles y Polinices; los preliminares del tema de Antígona fueron tratados por Esquilo en su obra "Los siete contra Tebas".
- (3) La sumisión de la mujer al hombre es un motivo constante en Sófocles (véase la nota 15 - al Ajax); aquí, el carácter de Ismene queda reflejado al aceptar esta sumisión como algo insuperable.
- (4) Se trata de una fuente que existe todavía -- dentro de una gruta, al pie de la acrópolis de Tebas. Sus aguas representan a toda Tebas.
- (5) Se tenían los tebanos por "hijos de la serpiente", nacidos de la siembra de dientes de este animal que antiguamente había llevado a cabo Cadmo. Con todo, aquí hay que pensar -- que la serpiente viene solicitada por el -- águila, cuya enemiga tradicional es.
- (6) Hijo de Zeus, antaño preeminente entre los dioses; es citado aquí como ejemplo de desmesura, comparado a Polinices: es por su arro-

gancia, en efecto, que Tántalo sufre su conocido castigo, en el cual, sumergido medio cuerpo en agua, se consume de sed, y, sometido a la sombra de un árbol frutal, padece feroz hambre. Cuando sus labios quieren tocar bebida o comida, ésta se aparta lejos de él.

(7) O sea que no ha de conformarse con solamente darles muerte.

(8) Esto contrasta con lo dicho antes por Ismene (nota 3) y aporta una nota de virilidad, de decisión, de individualismo al carácter de Antígona. Luego Creonte insistirá en esta idea y la desarrollará.

(9) Este tono duro de Creonte, y su decisión --- respecto a Polinices, sin duda debe confrontarse con los parlamentos de Menelao y Agamemón, al final del Ajax.

(10) En efecto, Antígona había sido prometida a Hemón, hijo de Creonte; para casarse con --- otra mujer, Hemón había de faltar a su promesa, pues la boda había sido ya acordada, como recuerda Ismene, dentro de poco.

(11) Es un refrán: como hoy, "caminar por las brasas"; significaba embarcarse en difíciles y arriesgadas empresas.

(12) Es decir, como de natural nadie o casi nadie nace lleno de ciencia innata. Se trata también de una expresión coloquial.

(13) Para un griego, la ciudad son los ciudadanos, y la nave sólo es tal si hay tripulación. Vacías, ni la ciudad ni la nave sirven para nada, y la posición del que se --- llamara su jefe sería ridícula.

(14) Eros es el muchacho, hijo de Afrodita, que dispara dardos al corazón de dioses y hombres para enamorarlos. La literatura, sobre todo la posterior a Sófocles, asimila los efectos de sus dardos como una enfermedad que puede llevar a la locura.

(15) El canto coral que ha empezado con la advocación a Eros ("Amor"), termina dirigiéndose a Afrodita, madre de Eros, diosa del --- amor.

(16) El Aqueronte es uno de los ríos que separan y aíslan el mundo de los muertos.

(17) Níobe fue personaje famoso, hija de Tántalo, ejemplo de engreimiento y arrogancia en una obra de Esquilo que hemos perdido: se ufaná ante la diosa Leto porque tenía muchos hijos; entonces los dos de la diosa, Apolo y Artemis, dieron muerte a los de Níobe

De. Por el dolor se metamorfoseó en piedra. Las alusiones a ella son corrientes en la poesía posterior, hasta la renacentista.

- (18) El corifeo piensa, en verdad, en la heroicidad de lo que lleva a cabo Antígona, pero ella, vencida por el abatimiento, cree que es escarnecida.
- (19) Las razones de Creonte son, diríamos, formalistas: se mata a Antígona dejándola morir, sin haber derramado sangre, sin que esta -- sangre pueda pedir expiación.
- (20) Perséfone, esposa de Hades, especialmente importante en los cultos y ritos ctónicos.
- (21) Ismene no cuenta, dada la adaptabilidad de su carácter.
- (22) El coro evoca en su canto a tres personajes famosos y reales que tampoco eludieron el destino: en primer lugar, Dánae, a la que su padre había recluido en una prisión cerrada con puerta de bronce, que no impidió la visita de Zeus, sin embargo.
- (23) El hijo de Drifas es Licurgo, sobre el que Esquilo había escrito una trilogía hoy perdida; con todo, el tema es el del rey que

se opone a la divinidad y ésta le castiga: aunque el rey se llame así Penteo, la historia puede considerarse ejemplificada en "Las Bacantes", de Eurípides.

- (24) Salmideso es una ciudad situada al noreste del Bósforo, cerca de la actual Midjeh. El tercer personaje es la madrastra de los hijos de Fineo y Cleopatra, que cegó a sus hijastros en la forma descrita en el texto: Cleopatra fue, pues, después de su muerte, víctima de una ruindad. La relación de -- estos tres ejemplos con Antígona no es del todo clara.
- (25) Cleopatra era hija de Oritia, hija de Erecteo.
- (26) Las Moiras son las divinidades del destino, encargadas de su cumplimiento.
- (27) Se trata del dragón o serpiente de que se ha hablado ya en la nota 5. El animal era un descendiente de Ares, al que Cadmo mató, sembrando luego sus dientes, de los que nacieron los primeros tebanos.
- (28) El coro sigue refiriéndose a Dionisio: la hiedra y los viñedos son atributos claros del dios.